

Biblioteca-Films

Los Huérfanos de la Aldea

N.º 114
25
cénta.



WESLEY BARRY
(El chico de las pecas)
Jerome Eddy
George Nichols

BEAUDINE, William

Año III

Núm. 114

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCIÓN:
Calabria, 96

Teléfono 173 - H
BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA PREVIA

Los huérfanos de la Aldea

(The country Kid, 1923)

Novela sentimental: triste odisea de tres hermanitos abandonados a sus propios medios y unidos por el más conmovedor de los afectos, el amor fraternal

Cinematográfica Verdaguer, S. A.

Consejo de Ciento, 90 - Barcelona

PERSONAJES

Ben Applegate

Joe »

Andy »

Mabel Warren

Arturo Grant

Grims

INTÉPRETES

Wesley Barry

(El chico de las pecas)

Spec O'Donnell

Bruce Guerin

Jerome Eddy

Edward Burnrd

George Nichols

ARGUMENTO DE ESTA PELÍCULA

(3-26)

I

En Riddon, aldehuella de la Florida y en una vieja hacienda que fué hogar y origen de los Applegate, viven tres niños huérfanos: Ben, de quince años, un muchacho alto por su edad, delgadito y con la cara llena de pecas; tan bueno y trabajador, que es, a una vez, madre y padre de sus dos hermanos menores, Joe y Andy. Joe, de nueve años, es un muchachito travieso, y colaborador de su hermano en las faenas agrícolas; Andy, cuenta sólo seis y es el regalón de sus dos hermanos que lo quieren y halagan como el mimado de la casa: tales son los huérfanos de la aldea.

De mañanita vemosles trabajando en los campos de su propiedad: Ben, en mangas de camisa, lleva el arado del que tira un hermoso caballo; Joe, a caballo, lleva las riendas, y Andy, a la grupa, va comiendo una rabanada de pan untado con miel. Y para que nadie de la familia faltase, el fiel can Body, seguía tras sus amos a quienes no abandonaba nunca.

Araban. De pronto, el rejón, que había llamado una resistencia, se había roto. Con la sacudida que produjera el encuentro de un cuer-

po duro, los dos pequeños se tambalearon y a Andy le cayó al suelo el pedazo de pan que iba mordiendo. Mientras Ben se daba cuenta del percance, el pequeño Andy se deja escorrir hasta el suelo donde cae sentado. Se levanta y busca inútilmente su pan. Dando vueltas y revueltas para buscarlo.

—Dónde está mi rebanada con miel?—pregunta el pequeño.

Joe echa una carcajada; y es que al caer el pequeño sentado en el suelo lo hizo sobre el pan, que se le ha pegado en las posaderas, y Joe que lo ve no puede menos de desternillarse de risa.

Ben constata que el arado está roto y dice a sus hermanos, mientras desengancha el caballo:

—Ya no podemos arar más. Se nos ha roto de nuevo el rejón. Joe, lleva el caballo a la cuadra.

Obedeció el niño y mientras el animal trotaba hacia la casa, montado por Joe, Andy iba cogido a la cola del caballo, y Body, con la lengua colgando, seguía a los chiquillos.

En aquel momento párase cerca de la casa de los Applegate un tilburí guiado por un hombre grueso, aparentando tener cincuenta años, de frente arrugada y bastante malcarado.

Se apea del coche y al ver a Ben en medio del campo, hacia él dirige sus pasos.

—Buenos días, tío Grims—saluda Ben—. Es la octava vez que se rompe el arado; pero no puedo adquirir otro hasta que haya vendido la cosecha.

—Ben—contesta el recién llegado—, no con-

seguirás ganar un dólar con la explotación de esta hacienda. Para favorecer te la compraré por doscientos dólares. Aprovéchate de mi generosidad... ¿Estás conforme?

—Bien sabe usted, tío Grims, que vale veinte veces más y que prometí a mamá, antes de su muerte, que no la vendería por todo el oro del mundo... Y, por ahora, con la ayuda de Dios, vamos saliendo adelante.

—Tú te lo pierdes. Algún día vendrás tú a ofrecerla por menos dinero... Acuéstate de lo que te digo.

—Usted, tío Grims, es nuestro tutor y mejor que nadie sabe que no podemos vender nuestra hacienda.

Mientras Ben hablaba con su tío, llegaron los dos pequeños. El más chiquitín se abrazó a las rodillas de su tío; mas éste desprecia las caricias del pequeño dándole un empujón.

Grims, tío y tutor de los tres huérfanos de la aldea, es un hombre avaro y sin conciencia que busca por todos los medios desposeer a aquellos niños de su patrimonio.

II

No muy lejos de la hacienda de los huérfanos, hallábase la de Arturo Grant, joven agricultor que solucionaba todos los incidentes de la vida con su correspondiente tratado.

Arturo Grant tiene veinticinco años, viste

con elegancia, no obstante su teórico oficio de agricultor, y lleva lentes con montura de concha.

Está sentado en una caja vacía, a la puerta de su casa y tiene en la mano un libro encuadrado en tela inglesa, cuyo título es: *Tratado teórico práctico de Agricultura*.

A su lado una hermosa vaca rumia tranquilamente.

Arturo Grant busca en el libro la teoría para ordeñar las vacas y lee con atención:

«Sentado sobre un escabel y a una distancia de unos cincuenta centímetros de la vaca, se cantará un tango criollo para entretenérla, y alargando la mano derecha se apretará... (véase el grabado).»

Leído este párrafo el joven quiere poner en práctica la teoría y, aplicando el precepto, se pone a ordeñarla; pero todo es inútil: no saca ni una sola gota de leche.

En esta ocupación se hallaba Grant, cuando se presentó una joven tan discreta como hermosa.

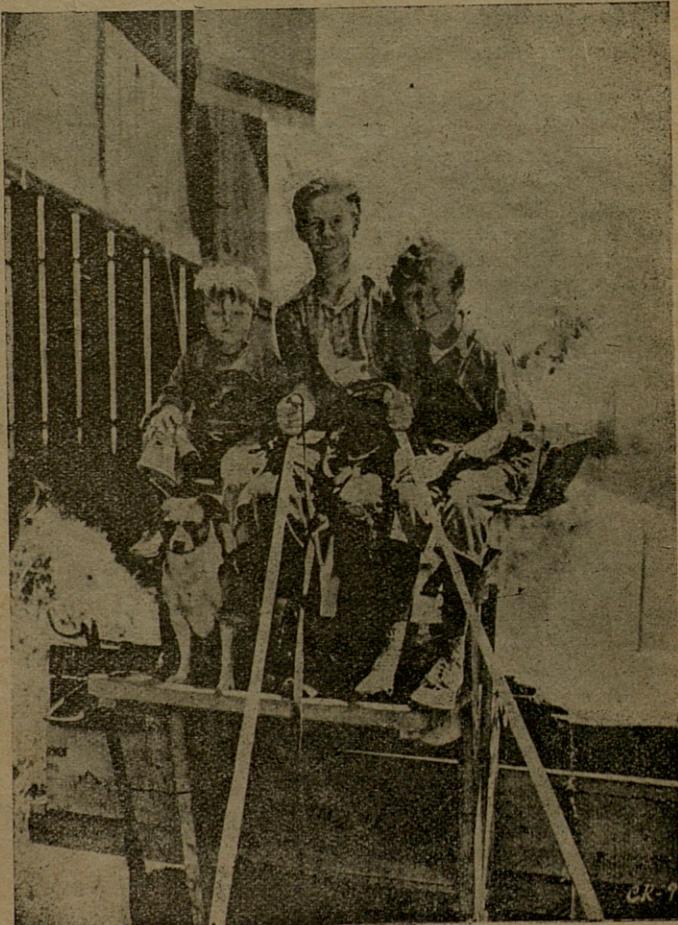
—¿Qué tal, Arturo?... ¿Cómo le resultan en la práctica los consejos de los tratados, mi querido y científico agricultor?—le preguntó ella sonriendo beatíficamente.

—Todo ha ido a las mil maravillas, Mabel; hasta que he probado de ordeñar esta vaca... Seguramente que el autor del libro no ha ordeñado nunca una vaca.

—Pero, Arturo, ¿usted quiere ordeñar esta vaca?

—Claro, pero no sale.

—Naturalmente, mi buen amigo — replicó



Mabel—. ¿Cómo quiere usted que dé leche una vaca que no la tiene?

—¿Qué me dice usted, Mabel?

—La verdad, esta vaquita no tiene leche.

—Esta sí que es buena. Ahora comprendo que deberé comprarme otro tratado para aprender a distinguir las vacas lecheras de las que no lo son.

—¡Adiós, señor Grant!... Diviértase con sus tratados.

—Usted lo pase bien, distinguida maestra.

Mabel Warren éralo de la aldea, y tan buena y cariñosa que en ella le querían todos, y la respetaban. Desde que Arturo, el teórico agricultor, se instalara en la aldea, la joven maestra procuraba dirigir sus pasos, cada día, después de la clase, en dirección de la casa del apuesto mancebo.

Mabel Warren se hospedaba en casa de los Grims.

Grant gozaba en la conversación de la buena y simpática maestra, de quien estaba prendado.

.....
Por la tarde de aquel mismo día, Arturo Grant fué a pasear. Pasó frente a la puerta de la granja de los tres huérfanitos. Ben se hallaba arreglando el arado.

—Buenas tardes, señor—saludó Ben.

—Buenas, amiguito. Soy Arturo Grant, vuestro vecino. ¿Estás en esta granja con tus padres?

—Mis padres murieron. Vivo en compañía de mis dos hermanitos Joe y Andy.

—Veo que andas muy mal de material agrícola.

—Hoy sé me rompió el arado, señor.

—Si quieres te prestaré un arado y te daré cuantas explicaciones científicas precisas.

—Muchas gracias, señor. Es usted mejor que nuestro tutor.

—¿Quién es vuestro tutor?

—El señor Grims, el propietario más rico de la aldea.

—Pues ya lo sabes, si un día me necesitas, vivo aquí mismo, en esa casita primera, lo que fué granja de mis difuntos tíos, los señores Perry.

—¡Ah, sí, ya sé!... Tiene usted una heredad muy hermosa y productiva.

—¡Vaya, adiós, muchacho!

—¡Que le pruebe el paseo, señor Grant!

Y mientras afuera, el hermano mayor continuaba entretenido en el arreglo del arado, dentro de la casa Joe y Andy hacían de las suyas.

—Hermanito—se quejaba Andy a su hermano—, tengo hambre.

—Y yo también. Vamos a ver si pescamos algo en este armario.

Joe rebuscó en la alacena y halló un saquito cuidadosamente atado. En un papel pegado al saco estaba escrito: *25 libras de manzanas secas*.

Joe lo desató y metiendo mano en sus entrañas, sacó un puñado de orejones de manzanas.

—Come, come, Andy... Son muy ricas.

Los dos niños se atracaron cuanto pudieron, y tanto que el saquito dió un bajón considerable.

Con la boca llena el pequeño decía a Joe:

—¡Qué ricas son!... Ya no tengo tanta hambre...

—Pues yo aún me comería un poco de confitura; ¡y tú?

—También... ¡Ay!... Tanto que me gusta la confitura—y Andy, al decir esto, se relamía de gusto.

—Mira qué pote... Anda, abre la boca.

El pequeño, cerrando los ojos, abría desmesuradamente la boca, y su hermano Joe le vertía en ella el contenido del pote, un almíbar riquísimo de ciruelas.

—Ahora déjame que lo pruebe yo.

En muy pocos instantes el pote quedó completamente vacío y los niños hechos unas máscaras con las caras negras de confitura.

Y no se contentaron los pequeños con aquello, sino que comieron de cuanto hallaron en la alacena que fuera de su gusto.

Aquella noche los dos pequeños no quisieron cenar, pretextando no tener apetito, y Ben los metió en cama. El se puso, como lo hacía cada noche, a remendar unos calzones de Joe. En esta ocupación estaba y oyó que llamaban a la puerta.

Era el simpático vecino Arturo Grant que se disponía a pasar la velada en compañía de Ben, a quien se proponía dar lecciones «teóricas» de agricultura.

Y mientras Grant lee las elucubraciones científicas a Ben, que se queda como quien ve visiones, éste va cosiendo los desperfectos causados en los pantalones por su travieso hermanito, y lo hace tan bien que, sin darse cuenta,

al apoyar la pieza deteriorada en sus propias rodillas, cose juntamente sus pantalones y los de su hermano, teniendo que emplear la tijera para corregir el yerro, y volver a empezar el trabajo con una paciencia que sólo presta el amor: y es que Ben quiere y cuida a sus hermanitos convencido de que debe hacerles, a un tiempo, de madre y padre. Como madre los limpia, les hace la cocina, se cuida del arreglo de la casa, lava la ropa, la repasa y remienda y cuida de sus hermanitos con solícito afán. Como padre se ocupa de las labores agrícolas, en una palabra, procura ganar el sustento de la familia.

Y Ben hace todo esto con gran alegría, con el corazón siempre lleno de optimismo, pensando en los queridos padres desaparecidos.

Cosía Ben y Arturo Grant leía, mientras en un cuarto inmediato, Joe y Andy, acostados en la misma cama, lejos de conciliar el sueño, se movían agitados por dolores de vientre.

—¡Ay!—gritaba Joe.— ¡Yo me muero!

—¡Uy!—se quejaba Andy, cogiéndose el vientre.— ¡Qué dolor!

Ben oyó los lamentos de sus hermanitos y, dejando su labor corrió al dormitorio de ellos.

—¡Ay!!

—¡Uy!!

Y los dos pequeñitos se retorcían angustiosos, dando chillidos de dolor.

—Pero, ¿qué os pasa?... ¿Qué?

—¡Ay!... ¡Oy!... ¡Que me muero!

—¡Uy!... ¡Mi pancita!... ¡Qué dolor!

Al ver la desesperación de sus hermanitos,

Ben salió donde se hallaba Arturo, a quien suplicó:

—¡Ay, señor Grant, mis hermanitos se quejan de horribles dolores de vientre!... No sé qué hacer.

Entró el joven en el dormitorio de los pequeños, les examinó la lengua, los ojos, les tomó el pulso, y sacando del bolso un manual titulado: «La medicina al alcance de todos», empezó a buscar el remedio a tales dolores.

—Aquí, aquí está.

«Estos dolores se alivian arrebujando al paciente en una manta de lana».

—Pongamos en práctica el remedio del sanguiníssimo tratado.

Arturo tomó a Joe y lo enrolló como un paquete en una de las mantas de lana. Lo hizo Ben con Andy. Pero los pequeños continuaban vociferando aún con más fuerza, pues los dolores arreciaban.

—Por si nos hubiésemos equivocado de página—manifestó Ben prudentemente—será mejor llamar a la señora Grims.

—Sí, será mejor—afirmó Arturo.

—Voy corriendo.

Un instante más tarde llegó Ben jadeante a la casa del señor Grims, su tutor. Salió a abrirle la maestra, señorita Mabel Warren que, como sabemos, se hospeda en aquella casa.

—¿Está la señora Grims?

—El señor y la señora Grims han salido a media tarde y aún no han vuelto.

—Es que mis hermanitos tienen unos dolores terribles de tripas y creo que tienen un calenturón.



—Siquieres que yo les vea... Quizás les pueda auxiliar en algo.

—¡Ay, señorita, se lo agradeceré!... Porque el señor Grant ha encontrado un remedio en un libro; pero creo que es peor el remedio que la enfermedad.

—Vamos.

Desde la puerta Mabel y Ben ya oyeron los gritos de los pequeños.

—¿No oye, señora maestra?... Se están muriendo... ¡Pobres hermanitos míos!

Entraron en el dormitorio.

—Vamos, desenvuélvalos... Estos chiquillos se van a ahogar.

—Les ha dado algo para que disminuya la calentura?—preguntó Mabel a Grant.

—No sé si tienen calentura.

—Vamos a ver, pequeños, ¿qué habéis comido?—inquirió la maestra.

Joe, el segundo, contestó con acento quejumbroso:

—Poca cosa... orejones de manzanas, ciruelas en almíbar, sardinas en escabeche, chocolate a la vainilla y bacalao.

—¿Y nada más?—demandó guasonamente Grant.

—Nada más—contestó el pequeño Andy—; ya no había más potes en el armario.

—Bien, bien. Lo que se debe hacer es purgar a estas criaturas...

—Aquí tengo una botella de aceite de ricino, señorita—ofreció Ben.

—Venga, venga.

A duras penas se hizo tomar a los pequeños

aquella purga que debía producirles un pronto alivio.

Mientras la señorita Mabel Warren se cuidaba de los pequeños, pasaron cerca de la casa de los Applegate, de regreso a la suya, los esposos Grims, quienes por la ventana vieron a su huéspeda y al agricultor teórico y se escandalizaron.

—¿Qué debe hacer esa aquí?—preguntó ella.

—Has visto la maestrilla?—ponderó el tío Grims—. En lugar de estar en casa, viene aquí a flirtear con ese cultivador de coles científicas.

—Entra y ármale un escándalo.

Ambos esposos bajaron del tilburí y penetraron en la casa. Al verlos, Ben salió a su encuentro y díjoles:

—Tíos, mis hermanitos se encontraban enfermos y la señorita Mabel ha venido a cuidarlos... Es muy amable.

—¿Te has preocupado de cerrar la puerta de casa al salir?—inquirió malhumorada la señora Grims.

—No puedo asegurarlo—contestó Mabel—, porque, naturalmente, he acudido aquí con cierta precipitación...

—Si alguien ha entrado y nos han robado, será usted la responsable y me abonará su importe.

—Cree usted que son más dignos de atención sus muebles que estos pobres niños desamparados?

—Mejor sería que se ocupara usted de sus asuntos que meterse en casas ajenas—manifestó Grims—. De lo contrario me ocuparé de que

la substituyan por otra maestra más adicta a mi persona.

Arturo Grant, indignado de la poca lacha de aquel matrimonio, echó en cara su indiferencia para con los huérfanitos.

—Debería usted agradecer a miss Warren sus cuidados. Es una vergüenza que siendo usted su tutor los tenga tan abandonados.

—¿Y a usted quién le hace meterse en este trigo?... Yo hago lo que me da la gana... El mejor día los llevo a una granja-reformatorio correccional.

—No creo, tío, que fuera usted capaz de semejante maldad—dijo Ben.

—Ya lo veréis... ya lo veréis—amenazaba, yéndose.

III

La idea de Grims de encerrar a sus sobrinos en un reformatorio iba tomando cuerpo en su espíritu.

Con este fin, fué a Flayton, cabeza de partido, a cuya demarcación pertenecía la aldea de Riddon.

Se entrevistó con el juez, de quien solicitó la orden de reclusión de sus dos sobrinitos menores. Hasta el juez se extrañó de tal demanda, y tanto que le echó en cara:

—Señor Grims, cuando yo le nombré a usted tutor de los niños, esperaba que encontrá-

rían en usted un segundo padre, y siento haberme equivocado.

—Es cierto, señor juez—contesta Grims—, pero no dispongo de dinero para educarlos. Por eso, lo mejor es recluirlos. Especialmente los dos menores, estarían perfectamente en la Granja-Reformatorio.

—Le doy esta orden, señor Grims, pero que conste que usted debería hacer un pequeño sacrificio por estos chiquillos y llevárlos a su casa.

.....
Mientras el tío Grims busca una fórmula legal para deshacerse de sus sobrinos, éstos siguen su vida de trabajo el mayor, y de picardías los pequeños.

Sin sospechar la amenazadora nube que se cernía sobre su cabeza, Ben cuida de la indumentaria de sus hermanitos: está lavando su ropa con arte tal y tanta destreza que le enviaría una buena lavandera.

Y mientras el mayor de los hermanos trabaja en hacer ir limpios a sus hermanitos, éstos, Joe y Andy, sentados en la puerta de la casa, sobre un montón de tierra, se están poniendo sucios de barro que amasan salpicándoselo en los vestidos. Los pequeños se arrojan al rostro puñados de barro y quedan desfigurados, y tanto, que su hermano mayor los halla desconocidos cuando, al asomarse a la puerta de la calle, los ve tan sucios.

Ben se acerca a sus hermanos y va a reprenderlos con acritud; pero al ver sus caras tan desfiguradas tiene que reprimir la risa que pugna por escapársele del pecho.

—Venid adentro—dice Ben—, ahora voy a daros un baño para adelgazaros un poco la cara.

Cogió a los chiquillos por el brazo y los llevó donde él estaba lavando la ropa en grandes barreños.

Ben desnudó completamente a sus hermanitos y los metió a cada uno en un gran barreño.

—Ben—se quejaba Joe—, me parece que andas equivocado... hoy no es sábado.

—No es sábado tampoco para ensuciarse.

Una buena esponja y un kilo de jabón dejó a los pequeños como nuevecitos. Pero Ben tuvo que cambiarles desde la camisa hasta los zapatos, pues estaban perdidos de barro.

—Bueno, y si volvéis ahora, limpíos como estáis, a tocar barro, os prometo que os vais a la cama sin cenar.

—Oye, Ben—suplicó Andy—, si no quieres que nos ensuciemos, cuéntanos un cuento.

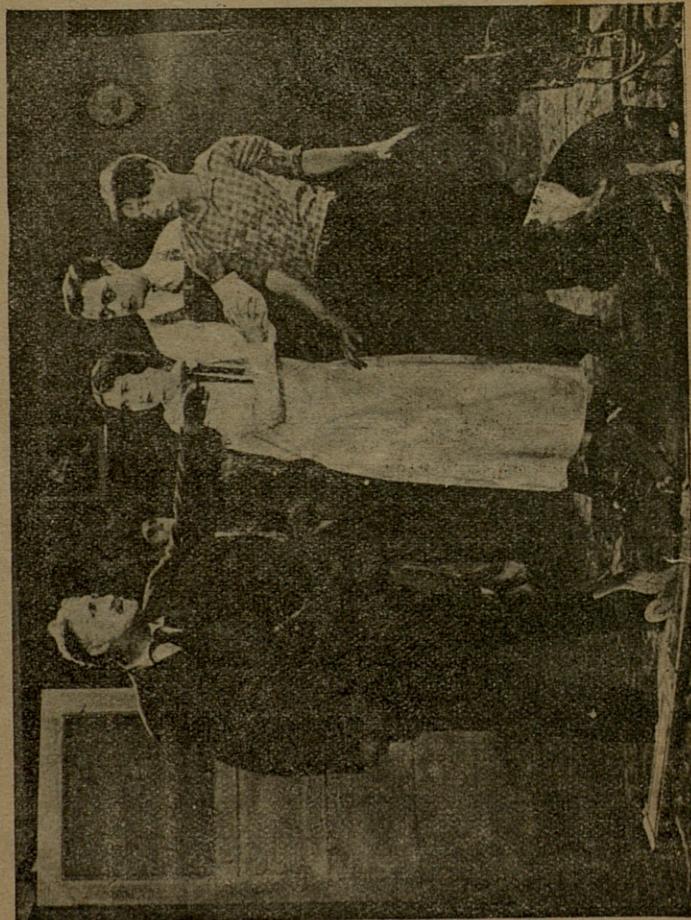
—Os lo contará esta noche, después que hayáis hecho la oración, al ir a acostaros.

Aquella mañana, mientras Ben vestía al pequeño Andy y Joe lo hacía él mismo, el más chiquitín suplicó a su hermano mayor:

—Ben, ayer tarde nos prometiste contarnos un cuento, cuando nos levantáramos.

—Después de hacer la oración os lo contará.

Joe y Andy se arrodillaron al pie de la cama, juntaron sus manecitas y dijeron en alta voz, pausada y cadenciosamente: «Padre nuestro, que estás en los cielos...» Luego, Ben, con mucha unción, dijo, repitiendo los hermanos menores: «Señor, no nos abandonéis, que estamos solitos en este mundo y no tenemos padre ni madre. Haced que nuestras cosechas



prosperen para que podamos vivir... Amén.»

Joe y Andy se levantaron y se sentaron encima de la cama frente a Ben, que, a su vez, lo hizo en una silla.

—Ahora, cuéntanos una historia.

—Que sea muy bonita.

—No vale interrumpir, ¿eh?... Una vez... —inició Ben su cuento con voz solemne, pausada—. Una vez, ya hace de esto muchos años, vivía en el bosque un niño llamado Jack que tenía un perrito muy sabio...

—¿Sabio?—interrumpió Andy.

—Sí, un perro muy sabio... En aquellos tiempos los perros y los demás animales hablaban... Y cierto día Jack plantó un árbol que después de regado, fué creciendo, creciendo y llegó hasta el cielo.

—¡Oh!—clamaron a una los dos pequeños.

—Cuando las ramas llegaron al cielo, los angelitos se posaban en ellas y...

—¿Buscaban nidos?—preguntó Andy.

—¡Calla!—ordenó Joe, dando un codazo a su hermanito—. Así no se va a acabar nunca el cuento.

En aquel momento, oyeron los niños el casabeleo y el ruido de un coche que se acercaba.

Ben miró por la ventana y vió que era el tilburí de su tío Grims. Y, acordándose de la amenaza que le había hecho, sospechó el motivo de la visita.

—No hagáis ruido que viene el coco a buscarnos.

Los dos pequeños se acurrucaron, arrimándose a la pared.

—¡Qué miedo, Ben!—decía Andy en voz muy queda, como temiendo ser oido.

—¡Ay!... ¡Dios mío!... ¿Dónde os esconderé que no os vea?

Ben cerró la puerta de la calle con llave y buscó donde esconder a sus hermanitos.

De pronto, mirando al techo, exclamó:

—Pronto, pronto, Joe, sube por esta trampa hasta el desván.

Y Ben señalaba una trampa que se veía en el techo.

—Corre, sube, Joe, que yo te ayudaré... Ven.

Y ayudado por el hermano mayor, Joe subió hasta alcanzar la trampa que levantó y pasó al desván; Andy, ayudado por el de arriba y empujado por el de abajo, siguió el mismo camino. Una vez arriba, los dos niños pusieron la tapa de la trampa y se acurrucaron en el desván, sin meter ruido.

Entretanto, Grims, acompañado de otro hombre, llegó a la puerta y, al hallarla cerrada, llamó, golpeándola.

Ya desesperado, al ver que no le abrían, quiso forzarla; pero todo fué inútil... Entonces probó penetrar en la casa por la ventana baja, que también estaba atrancada; pero, menos fuerte que la puerta, se abrió, ante la acometida furiosa de los dos hombres, quienes lograron penetrar en la casa.

Ben temblaba de pavor en un rincón del comedor. Su tío Grims, acompañado del hombre, que no era otro que uno de los vigilantes de la granja correccional de Florida, se presentó ante el mayor de los huérfanos.

—¿Dónde están Joe y Andy?

—Para qué los quiere usted, tío Grims?

—Lo siento; pero como no se pueden mantener con lo poco que da la hacienda, los vengo a buscar para llevarlos a la granja-escuela de Florida.

—¡Por Dios, tío Grims, no se los lleve usted!... ¡Por favor se lo suplico!—repetía Ben, levantando los brazos en actitud suplicante y con lágrimas en los ojos—. ¡Mis hermanitos son el único bien que me queda en el mundo!

—Mira, Ben, déjate de sentimentalismos y considera qué lo más conveniente, para ti, es que tus hermanos no te sean carga pesada.

—Pero si no lo son... Ellos constituyen mi mayor alegría y mi único bien. A su lado ya soy feliz; lejos de ellos me moriré de pena.

—Dime donde están... si no...

Y furioso empezó Grims a registrar todos los ámbitos de la casa. Por fin, se fijó en la trampa de madera que tapaba una abertura practicada en el techo...

—Suba usted allí—mandó el tío de los huérfanos al empleado de la granja correccional que le acompañaba, señalando la abertura—, allí arriba deben estar escondidos.

Obedeció aquél, y los niños fueron hallados.

Pero cuando los dos hombres se disponían a llevar a los pequeños al coche que esperaba afuera, los tres huérfanitos opusieron una resistencia heroica. Joe y Andy se agarraron a las piernas de su hermano mayor, gritando:

—No queremos irnos... No dejaremos a Ben, aunque nos maten... Moriremos los tres juntos.

Grims ordenó a su compañero que se apode-

rara de los dos pequeños, mientras él sujetaba al mayor; más éste se defendió como un héroe, contra aquellos dos hombres; mientras el empleado de la casa de corrección se llevaba a los dos menores hasta el coche, Grims sujetó a Ben; pero éste arremetió contra su tío, quien maltrató al chico hasta hacerle sacar sangre por la boca.

Arturo Grant y Mabel Warren llegaron a oír los gritos de los huérfanitos y acudieron presurosos a casa de éstos en el momento en que Ben, con la cara ensangrentada y los puños crispados, amenazaba al señor Grims. Arturo se cuadró ante el malvado tutor y le echó en cara su proceder.

—No se mezcle usted en mis asuntos—contestó Grims—; tengo una orden del juez que me autoriza a proceder así.

—El juez no le puede autorizar a maltratar a estas criaturas—se atrevió a afrontar Mabel.

—Usted, Mabel, tendrá que irse a otro pueblo; yo no puedo proteger a quien se opone a mis designios. Y tú, Ben, prepara tu equipaje, pues desde mañana trabajarás en mi hacienda.

—No, vivo no me sacará usted de la casa de mis padres.

—Es que tú ignoras que la hacienda de tus padres me va a pertenecer...

Ben quiso arrojarse sobre su tío; pero Arturo le detuvo.

Un instante más tarde, el coche partió llevando lejos le su casa a Joe y Andy.

Ben quedó desconsolado. Cuando se halló solo dirigió su triste mirada al retrato de su difunta madre colgado en la pared.

—¡Oh!... ¡Madre querida, protege a tus desconsolados hijos que se hallan solos y desamparados!

IV

Arturo Grant y Mabel Warren fueron a hablar con el juez de Flayton sobre el asunto de los huérfanos de la aldea; pero el digno magistrado les contestó:

—Mi mayor placer sería ayudar a estos pobres huérfanos, pero no existen acusaciones concretas y nada puedo contra Grims. Cuando ustedes puedan probarme la mala fe de este señor, yo haré justicia.

Los dos jóvenes tuvieron que volver a la aldea sin poder hacer nada en favor de sus amiguitos.

Grims se venga de Mabel logrando sea trasladada a otra población y así se lo va a comunicar a Ben.

—Vengo a despedirme de ti, mi buen amiguito.

—¡Oh, Mabel! ¿Usted también me abandona?

—Grims, abusando de su influencia, ha conseguido que me trasladen a otra población... Es su ruin venganza por haberme interesado por ti.

Fué este otro golpe tremendo para el corazón del desgraciado niño, que se iba consumiendo

de pena en la soledad de aquella mansión solitaria regada con sus lágrimas.

Entretanto, Joe y Andy, encerrados en una granja agrícola, reformatorio de menores, están abrumados por un trabajo superior a sus minguadas fuerzas, aniquiladas por una alimentación deficiente y por tratos brutales de los vigilantes.

Los reformados pasan la mayor parte del día en los campos ocupados en faenas agrícolas. Allí vemos a Joe abriendo con un azadón los surcos que riega con el sudor de su frente. Y al pequeño Andy, siguiendo uno de los surcos abiertos, donde siembra habichuelas. Andy no necesita para nada los tratados de agricultura; tiene procedimientos modernos de su invención. Veámosle. Como su trabajo consiste en sembrar habichuelas, se llena la boca de ellas y, siguiendo el surco las va escupiendo en el mismo, y luego las cubre de tierra con los pies, así va siguiendo el surco... mientras el vigilante tiene la vista sobre él, pues cuando no le vigilan, hace como todos los demás chiquillos del reformatorio, descansa.

El vigilante se sienta a la sombra de un árbol para comer. Los pobres niños dejan de trabajar al no sentirse vigilados.

—No puedo seguir trabajando—dice Andy a un chiquillo que trabaja cerca de él en cavar unos hoyos al lado de unos arbustos para preparar el riego de los mismos—. ¡Tengo un hambre tan atroz que me comería la suela de mis zapatos... si la tuvieran!

—Pues mira—le contesta el arrapiezo—, no



comas esa porquería, que yo te procuraré un bocado más comestible... ¿Ves al vigilante?

—Sí, él come.

—Pues ahora verás.

Y sin decir más, el travieso rapaz se fué hacia donde el vigilante almorzaba y, sin meter ruido, se acercó por detrás al empleado y, andando a gatas y sin que aquél lo notara, le cogió el cesto que contenía su comida y lo llevó donde estaba Andy. Este pescó dos empanadas con su correspondiente acompañamiento de carne, llevó una a su hermano y corrieron a esconderse para comer el fruto de su rapiña. Todos los asilados cayeron sobre el cesto como una volada de gorriones sobre un trigal maduro, y lo dejaron exausto, escondiéndose también para sacar sus tripas de apuro.

Advertido el burlado vigilante, comprendió la mala treta que le habían jugado sus subordinados y fué hacia ellos. Los aperos de labranza estaban abandonados en medio del campo y los pequeños trabajadores habían volado.

Los buscó y el primero que cayó en sus manos fué Joe, a quien cogió con el cuerpo del delito entre dientes: una empanada con una lonja de ternera. Le agarró fuertemente por las orejas y dándole pescozones y patadas lo llevó al calabozo, situado en los sótanos del reformatorio.

Andy lloró mucho el percance que le había acaecido a su hermano y buscó el medio de sacarlo de allí.

.....
Ben salió de casa aquel día, sin haber podido pegar los ojos en toda la noche pensando en

sus desgraciados hermanitos. Ibase a sus faenas agrícolas. Ante la puerta de la granja hay, como es costumbre en Norteamérica, una caja metálica donde el cartero-peatón deposita las cartas. Vió Ben la caja entreabierta. ¡Una carta!... La abrió. Era de su hermanito Joe, quien con gruesos garabatos y una ortografía detestable—como de un niño de su edad—le decía:

Hermanito nuestro querido: Ven a sacarnos de donde estamos... comemos poco y nos castigan mucho... queremos estar a tu lado.

Joe y Andy.

Firmo por Andy porque no sabe y porque no puede venir al calabozo desde donde te escribe tu hermano Joe.

Leída la carta, Ben fué a la cuadra, desató el caballo, su compañero en las faenas agrícolas, lo enjaezó y, montando en él, fué donde su corazón le llamaba, en busca de sus hermanitos, que solicitaban su ayuda para librarse de aquella esclavitud. Body, el fiel perro, siguió a Ben.

Este llegó al correccional, cuya superficie de seis hectáreas está rodeada de una valla de madera. Desde lo alto del caballo observa: no se ve a nadie. Salta la valla y penetra en el reñinto.

Se acerca a la casa y ve que un niño, echado en el suelo, tiene medio cuerpo metido en un ventanillo situado a ras de tierra, ventanillo que debe dar a los sótanos. Se acerca y re-

conoce en el rapaz a su hermanito Andy. ¡Qué alegría experimenta el pequeñín al ver tan de cerca a su hermano mayor ! Se arroja a sus brazos gritando :

—¡ Ben !

—No grites... ¿ Dónde está Joe ?

—Aquí, ¿ ves ?... Aquí abajo... Yo he querido sacarle; pero no he podido.

Ben se asomó por el ventanillo. Joe, al notar la presencia de su hermano, tuvo un gozo inexplicable.

—¡ Sácame, Ben, sácame de este encierro, que tengo mucha hambre !

El mayor de los huérfanitos echó vientre a tierra y, asomándose al calabozo, alargó cuantos pudo los brazos de los que se colgó el cautivo. Poco faltó para que con el peso, Ben perdiera el equilibrio y cayera de cabeza; pero para evitarlo, el pequeño Andy, se sentó sobre las piernas de su hermano, para hacer contrapeso. Por su parte, el perro Body, no pudiendo saltar la valla se abrió un boquete, escarbando la tierra por debajo de la valla y corrió a auxiliar a sus amigos.

Cuando libre ya Joe de su encierro, los tres corrieron para saltar las bordas en busca de la libertad, Body lanzó un ladrido de victoria. Uno de los vigilantes, desde una ventana, se enteró de la fuga de los niños y ordena su persecución, lo que verifican, en el coche del establecimiento, dos de sus empleados.

Los tres niños huyen, a caballo, dirigiéndose a Fayton, perseguidos de cerca por los empleados del Reformatorio.

V

Aquel mismo día, Grims, queriendo jugar la última y decisiva carta, fué a ver al juez de Fayton. Esta visita tenía por objeto convencer al juez para que se le vendiera la granja de los Applegate.

—Me he convencido—manifestó Grims al magistrado—de que la granja de los Applegate no produce nada ; pero para aliviar la situación de los pequeños la adquiriría en seiscientos dólares.

—Si ha de ser en beneficio de esos tres huérfanitos, no tengo inconveniente en hacer el ordenamiento de la venta.

Al terminar de pronunciar estas palabras, se presentan los tres niños ante el juez, con gran estupefacción de Grims. Este, furioso, pregunta a Ben :

—¿ Por qué has raptado a tus hermanos ?

Ben, apretando contra sí a sus dos hermanitos, contesta :

—No podía vivir sin ellos... y mucho más sabiendo que sufrían privaciones y soportaban un trabajo superior a sus escasas fuerzas.

Ben dirige al juez esta petición :

—Señor juez, hemos venido aquí para suplicar a usted me permita llevar otra vez a mis hermanitos.

—Tu tío me acaba de decir—contestó el magistrado—que no podéis vivir de lo que produce la granja.

—Eso no es cierto. Con mi solo trabajo sacaba más de lo suficiente para vivir los tres y Body... y nunca se han quejado de hambre ni de frío.

En aquel mismo instante acababan de entrar Arturo Grant y Mabel Warren. Venían a hablar al juez en favor de los tres huérfanos. Al verlos, Grims quiso irse; pero el juez le detuvo. Arturo Grant había oído las últimas palabras de Ben y afirmó:

—Confirmo las palabras de este niño... yo mismo lo he observado. Las cosechas iban muy bien... gracias a mis consejos.

—Señor Grims—dijo solemnemente el juez—me veo obligado a retirarle el cargo de tutor, y si usted vuelve a molestar a estos pequeños, dará con sus huesos en la cárcel.

—¿Y por qué no le metes hoy mismo en la cárcel?—preguntó al juez el menor de los hermanos cogiéndose a sus rodillas, y prosiguió:—Te quiero mucho; si vienes a mi casa te daré confitura.

Salió corrido Grims. Entonces Arturo Grant se ofreció al juez como tutor de los niños; pero aquél objetó:

—Accedería gustoso si usted fuese casado.

Al oír esto, Andy fué hacia Grant y le aconsejó con la mayor sencillez:

—Anda, cásate con Mabel y podrás ser nuestro tutor.

Mabel, al oír el propósito del pequeño, bajó la cabeza ruborizada.

La proposición del pequeño Andy no había sido tan descabellada por cuanto al día siguiente Arturo Grant y Mabel Warren se unieron en

matrimonio al que asistieron los tres huérfanos luciendo sus mejores galas.

Desde entonces, el matrimonio Grant, establecido en la finca situada al lado de la de los Applegate, ha adoptado a los tres huérfanos, que ya dejan de serlo porque no echan a faltar el amor de sus padres... ¡Ya son felices!

FIN

Número 115 - **BIBLIOTECA FILMS** - 6 de abril

La preciosa novela de las

Selecciones Luxor Verdaguer

¡DIVORCIÉMONOS!

por los famosos artistas **María Prevost, Monte Blue, Willard Louis, Clara Bow y John Roche**



Postal: *Laura La Plante*

25 cént.

¡PRONTO!

¡PRONTO!

Biblioteca Infantil

PRIMERA NOVELA

BIN-TIN-TIN GUARDA FARO



CONSTARÁ DE 4 CUADERNOS

10 céntimos cuaderno



LIBRERÍA DE

Editorial 21 de Mayo - Barcelona

COLECCIONE USTED

FILMS

AMOR



LA MEJOR NOVELA CINEMATOGRAFICA

- Núm. 1 • **El templo de Venus**, por Mary Philbin.
- Núm. 2 • **La tierra prometida**, por Raquel Meller, Tina Meller y Andrés Roanne.
- Núm. 3 • **Sacrificio**, por Fay Compton y Stewart Rome.
- Núm. 4 • **En las garras de la duda o el calvario de una esposa**, por Leda Gys y Alberto Capozzi.
- Núm. 5 • **Ruperto de Hentzau Segunda época de El prisionero de Zenda**, por E. Hammerstein, Claire Windsor, Lew Cody y Bert. Lytell.
- Núm. 6 • **El tren de la muerte**, por Cayena y Edith Roberts.
- Núm. 7 • **La esposa comprada**, Alice Terry y Conway Tearle.
- Núm. 8 • **El juramento de Lagardère**, por Claude France y Gastón Jacquet.
- Núm. 9 • **Buda, el profeta de Asia**, por Himansu Rai y Seeta Davis.

Literatura selecta — Cubierta a varias tintas.

La mejor y más sugestiva de las novelas de

LOS MAS GRANDES FILMS

Obsequio de una tarjeta postal.

50 cénts.